

ca de los tesoros de su gracia para conocerle y amarle, que nos libre de los enemigos de nuestras almas, que nos guíe por los caminos de la virtud, y que en suma llegada que sea la hora de nuestra muerte nos de tiempo y lugar para recibirle como viático ó compañía para la vida eterna, para que siendo nuestras últimas palabras un cántico de accion de gracias á Jesus nuestro Salvador, espiremos en el ósculo Santo y pasemos á continuar sus alabanzas en el templo de la verdadera inmortalidad que es la gloria. *Amen.*

SERMON 1.^o

DEL

SAGRADO CORAZON DE JESUS.

Elegi locum istum, ut sit cor meum ibi cunctis diebus.

Elegi este lugar para que en él permanezca eternamente mi corazon.

II. Paral. cap. VII. v. 16.

Así es, señores; aquel corazon mayor que todo el universo, digno objeto de la complaciencia del Eterno Padre; aquel corazon que siempre estuvo abrasado en amor á los hombres, aquel corazon que halla sus delicias en habitar con nosotros; aquel corazon manantial divino y fecundo de donde se deriva un inmenso manantial de dones; digámoslo de una vez, el corazon amante de Jesus tiene su morada entre nosotros hasta la consumacion de los siglos. Como este Jesus amó siempre á los suyos, quiso al fin de su vida hacer alarde de toda la inmensidad de su corazon en un prodigio que solo podia obrar la omnipotencia de un Dios. En su última voluntad y en su solemne testamento, el que con su muerte quedó Eterno é irrevocable, como dice San Pablo, mandó y dispuso que

su corazón quedase perpétuamente encerrado en las especies del augusto Sacramento del Altar. Escogí, esclama, haciendo su amor el último esfuerzo, escogí este lugar para que mi corazón descansa en él por todos los siglos: me veo obligado á volver á mi Padre, y aun quiero dejar á los hombres esta prenda en perpétua memoria y del amor que les tengo; esta será mi morada, en ella descansaré y viviré obrando continuos prodigios de bondad, de gracia y de amor.

Elegi locum istum ut sit cor meum ibi cunctis diebus.

¡Qué dicha para nuestra Iglesia el ser depositaria de este preciosísimo tesoro! ¡Qué dicha la mía, señores, y qué felicidad la vuestra si pudiese explicaros yo el amor que abrasa y consume el corazón de Jesús en este augusto Sacramento! El amor de Jesucristo, dice San Pablo, es el gran maestro del cristianismo en el dogma como también en la moral: conocer la caridad de Jesucristo es conocer en compendio toda la religión. Vanas investigaciones, frívolas disputas, vosotras nada más me enseñareis que lo que hace el amor en este misterio en el fondo del corazón de aquel que le escucha; tened, pues, cuidado, concluye el Santo Apóstol, en no dejaros sorprender de vanas sutilezas. La caridad que arde en el corazón sagrado de Jesús, es el único fanal que hemos de seguir para entrar en los más profundos misterios de la religión. Vosotros y yo, fieles míos, poseyendo el cuerpo adorable de Jesucristo, poseemos su corazón, pues amándonos siempre nos ha querido amar hasta el fin. Nosotros no podemos dudar del amor de Jesucristo en favor nuestro; tenemos tantas pruebas, que es preciso ó cerrar los ojos á sus bondades, ó convencernos de su amor; pero ¿cuáles

son las últimas señales de un amor tan ardiente en su principio, tan benéfico en sus efectos, tan largo en su duración y siempre incomprensible y divino? El misterio cuyas maravillas y grandezas celebramos; este misterio en que nos hace una verdadera y real entrega de su cuerpo, de su alma, de su propio corazón, de aquel corazón que le palpita en el pecho con la fuerza del amor. Así es como un Dios nos manifiesta que su amor no se ha debilitado; pero si es tal el amor de Jesucristo, ¿cuál deberá ser el nuestro? Esto es lo que me propongo hacer os ver en este discurso, en el que intento demostraros dos verdades bien oportunas para instruirnos y confundirnos al mismo tiempo. El misterio de nuestros altares declara todo el amor del corazón de Jesús para con nosotros; el Sacramento de nuestros altares pide todo el amor nuestro para con Jesucristo. Tengo propuesto.

Amabilísimo Jesús, comunicadme una centella de aquel fuego de caridad que ardia en vuestro enamorado corazón por los hombres, para que yo descubra en el modo posible á la humana capacidad el más auténtico testimonio de vuestro amor y las finezas más espresivas que vuestro corazón ha obrado en favor nuestro. Esta gracia os pedimos por la intercesión de la Reina de los Angeles, vuestra Madre y nuestra, á la que saludamos tiernamente con el mayor afecto de nuestros corazones: *Ave María.*

PRIMERA PARTE.

Si bien es cierto, señores, que cada misterio de nuestra redención es una prueba notoria del amor que tuvo por nosotros nuestro adorable Redentor,

puede decirse con razon que todas las pruebas de su caridad escesiva se reunen en el misterio de sus altares, donde los renueva y supera con un esceso maravilloso. En efecto, sin hablar ahora de lo que hizo por nosotros en su encarnacion, en su nacimiento, en su pasion y en su muerte, puedo decir que la adorable Eucaristía, es propiamente hablando, el compendio de todos los prodigios y de todas las maravillas de su amor, compendio que las encierra todas y que las escede, segun la expresion del real Profeta (1). Pero por evidente que sea esta señal del amor de su corazon, observemos para nuestra instruccion que hay aquí una cosa mas palpable y mas sensible. Escuchad y penetraos conmigo del mas vivo reconocimiento. Darse sin reserva, sin distincion, es sin duda y convendreis conmigo, el prodigio por excelencia de la liberalidad de su corazon. Ahora, pues, esto es lo que hace Jesucristo por nosotros en el Sacramento de nuestros altares. Se dá todo entero, amor liberal: se dá sin escepcion, amor indivisible: se dá hasta la consumacion de los siglos, amor perseverante.

Por sincero que nos parezca, ó que sea el afecto que nos tengan los que consideramos como amigos nuestros, tendrán siempre mas afecto á sí mismos que á nosotros; serán sensibles en nuestros buenos ó malos sucesos: entrarán en nuestras miras é intereses, quiero que asi sea; pero si fuese necesario que ellos sacrifiquen algo de sus intereses, confieso que dudo sean bastante generosos para sostener pruebas tan fuertes: solo á un Dios le pertenece

(1) Memoriam fecit mirabiliū suorum, misericors et miserator Dominus: escam dedit timentibus se. Ps. CX. v. 4 y 5.

amar de este modo á los que le aman, y hacerse él mismo la víctima de su amor. Admiremos en todo los prodigios del amor de Jesucristo: cuando no hubiera instituido el Sacramento de nuestros altares, seria siempre indubitable que él se ha dado á nosotros, supuesto que su Encarnacion, su vida, su muerte, no han sido, considerándolo bien, sino dones contínuos que nos hace de sí mismo; pero no se podria decir, en fin, que se dió todo entero, supuesto que le hubiera quedado un regalo mas magnífico, como es su corazon en la Eucaristía. En efecto, dice San Bernardo, pesemos bien aquí las palabras y mucho mas las acciones: hay gran diferencia entre darse por nosotros y darse á nosotros: darse por nosotros es revestirse de nuestra carne, sujetarse á nuestras enfermedades, inmolarsé por nuestra salvacion; pero darse á nosotros es no solo agregarse á nuestra naturaleza, sino tambien á nuestra persona; es, en suma, vivir por nosotros y dentro de nosotros.

Por esto, católicos, cuando en el principio dije que el Divino Salvador habia escogido nuestros templos para asiento de su eterna morada entre los hombres, debia haber dicho que en nuestros corazones fué donde quiso establecer su mansion: nuestros corazones deben ser sepulcros vivos del corazon de Jesucristo. Escogí este lugar, nos dice á cada uno de nosotros, para que mi corazon habite en él; aun todavía mas: quiere que nuestros corazones con el fuego del amor divino se derritan, pasen y se introduzcan en su propio corazon, quiere ser alma de nuestra alma y corazon de nuestro corazon, y por esta causa se nos dá á cada uno de nosotros todo entero, y despojándose del sagrado derecho que tiene sobre su cuerpo, le

pone sin reserva alguna en nuestras manos, haciéndose una misma cosa con nosotros, para que sean un solo espíritu, un solo corazón, una sola alma, una sola vida y un solo ser. Poco era para vos ¡oh Verbo increado! el haberos unido á nuestra humana naturaleza por medio de la Encarnación, haciéndoos hombre semejante á nosotros, y así quisisteis para que vuestro amor quedase plenamente satisfecho, uniros personalmente á cada uno de nosotros en la divina Eucaristía. ¡Oh amor infinitamente poderoso del corazón de Jesús! Ya habeis venido: ni á vos os queda mas que hacer, ni á nosotros mas que desear.

Empero no contento el amoroso corazón del adorable Jesús con darse á todos sin reserva, se dá tambien sin distincion y sin excepcion de personas. Ved aquí otra circunstancia que si nosotros la penetráramos bien, excitaria nuestra gratitud vivamente. Por lo comun cuando nosotros pretendemos unirnos, no es con ingratos ó pérfidos, ni á enemigos damos nuestro corazón; y si alguna vez la ignorancia produce este linaje de uniones, luego que la verdad nos desengaña, nos avergonzamos de habernos dejado sorprender, é inmediatamente un rompimiento ruidoso es la consecuencia de semejantes enlaces. Ahora bien, en la suposición que nosotros somos libres en hacer la elección, yo os pregunto: ¿amamos á los que conocemos inclinados al mal y viciosos? ¿Nos aficionamos á los que pagan con el menosprecio nuestro anhelo por ellos? ¿A los que solicitan nuestra perdición y que maquinan nuestra muerte? Pues ved lo que hace el Salvador en el Sacramento de nuestros altares.

Traed, señores, á la memoria el tiempo en que Jesucristo instituyó este augustísimo Sacramento. Se

acercaba la hora en que sus enemigos debian bañar sus manos sacrílegas en la sangre del immaculado Cordero; jurado han el esterminarle de la tierra de los vivientes, y de borrar hasta los vestigios y huellas de sus piés, no solo para perderle, sino para que ignorasen los venideros siglos que habia existido. ¡Oh vanos y ridículos intentos! El amor de Jesús no consiente en la destruccion que intentan llevar á efecto á costa de tantas iniquidades, ni quiere entregarse á su odio implacable, sino dejarles antes burlados, comunicándose á sí mismo en la institucion de la Eucaristía una nueva existencia; de que no solamente no podian privarle sus enemigos, sino que ni pensaban en ella. Jesús les entrega su vida; pero despues de haber muerto entre bárbaros tormentos, despues de haberse resucitado por su propia virtud, no obstante habitar en lo más encumbrado de los cielos, habita al mismo tiempo en la tierra, para continuar en ella el augusto ministerio de mediador entre su Eterno Padre y los hombres; para lanzar y enviar de la fuente de su corazón unos rayos amorosos que enternezcan y conviertan el corazón del pecador, que santifiquen al penitente con sus lágrimas, que enriquezcan al justo con virtudes.

Resuelven los fariseos sin entenderlo, como ministros ciegos é ignorantes de los decretos fulminados por la cólera de un Dios terrible, sepultar con Jesucristo las hostias, las oblaciones, los sacrificios de su ley. Pero ¡oh triunfo! ¡oh inmensidad del corazón de Jesús! Aquel amor tan cruelmente ultrajado no dejará al nuevo pueblo, cuyas primicias son los mismos judíos, sin Pontífice, sin sacerdotes, sin altar: aquel sacrificio cruento que le manda consumir la justicia